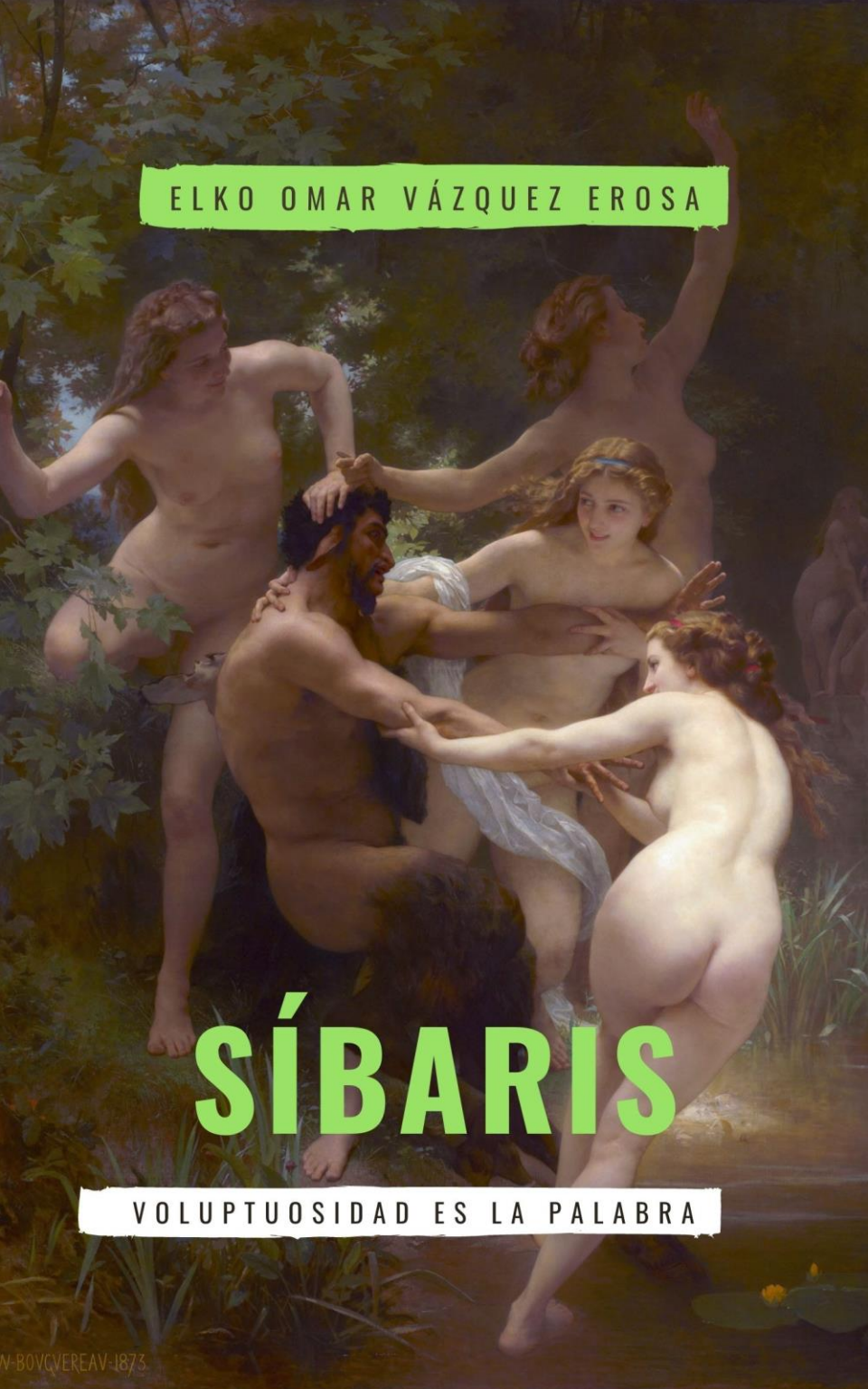




ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

SÍBARIS

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Síbaris

Elko Omar Vázquez Erosa

Libro 8



Diván

Síbaris

© 2014 Elko Omar Vázquez Erosa

© 2019 Voluptuosidad es la palabra

Diseño: Elko Omar Vázquez Erosa

Portada: William Adolphe Bouguereau. Nymphs and satyr, 1873.

SE RESERVA TODOS LOS DERECHOS

Elko Omar Vázquez Erosa

Blog:

<http://voluptuosidadeslapalabra.com>

<https://www.youtube.com/@voluptuosidadeslapalabra>

I. AURORAS RUTILANTES

Hoy como ayer...

evoco en la distancia
los nombres que nos dimos,
las voces tenues,
los amados silencios
de nuestro ser.

En armoniosos valles
recordaré tu esencia,
recordaré tu aurora,
tu vuelo de paloma
errante, fugitiva.

¡Colores necios!,
tormentosos crepúsculos
que en verde te imaginan,
transfigurada en rosa
—en Rosa Mística—
en llama helada.

Las verdes hojas de los árboles:

en ellas cantan, lloran, juegan
lindas doncellas de los vientos.

En los ojos dorados de Maya

duermen las abejas de los sueños,
danza la brisa y ríen los campos
cuando el trigo se baña de sol.

En los ojos de Maya el poeta
adivina el perfume y la rosa,
el amable fluir de un arroyo,
la gracia de una hoja en el viento.

Si fueras risueña y breve tu ausencia...

soñaría con mares infinitos,
con visiones de reinos lontananza.

Yo seguiría la dorada estela
que va tejiendo el sol en el crepúsculo
para mostrar la fugitiva senda
que conduce al jardín de las Hespérides.

Encendía un cigarrillo con tu danza,
acariciaba líneas marfil y rosa
de ese cuerpo que embriagaba como el vino
cuando los dulces jardines de la tarde.

Atrapabas mares con los ojos lánguidos
que robaste a las auroras infinitas
de las lejanas ciudades esmeralda
que nacieron en mis sueños inauditos.

Copa de absenta: los suspiros del opio
reclamaban soñadores perezosos
que se habían entregado a las visiones...
a rutilantes visiones del desierto.

No la plenitud mutilada del santo,
pero la cadencia fúlgida de un príncipe,
señor de un jardín esculpido con aves.

No la risa forzada del ciudadano,
sino el riachuelo inmanente de tus labios,
esa búsqueda eterna por la embriaguez.

No el quejido lastimero de un silbato
clamando con sus feroces dentelladas
por esos bueyes uncidos al progreso.

Éxtasis, lágrima de ángel,

turbia copa de los sueños
que invitan a ser un pájaro,
un río de aguas heladas.

Seré la lluvia en las hojas,
la inquietud de una doncella
buscando auroras de fuego.

Bella y pálida dama admirando la tarde

con sus tonos plateados, violetas y azules.

Ella presiente un perfume allende la mar,
un perfume de frutos y exóticas flores.

Canta la mañana lluviosa:

los vagos rumores recuerdan
un sortilegio a lontananza.

En los ojos de una mujer

reside el secreto del mundo
y en la breve, dulce sonrisa,
la noche recuerda sus sueños.

Te buscaría a ti,
¡te buscaría helada!,
niña flor, siempre silenciosa,
eterna imagen de azucena.

Saludaré a la aurora,
partiré por veredas
trazadas con caprichos
de silenciosas hadas
que obligan a desear
los reinos lontananza,
y en cristalinos ríos
trataré de encontrar
la imagen de unos ojos,
los ojos que me siguen
a través del perfume
que dormita en paisajes
y ensueños de mi copa.

Me seducía el musgo

tercamente abrazado
a una fuente de piedra.

Eras olvido y transparencia,

eco de las aves dormidas
al otro lado de mi piel,
al otro lado de los mares
que arropan sueños infinitos,
prohibidas flores... hiedra azul.

Transidos de tormenta

los bosques nebulosos
dan cobijo a fantasmas,
a voces del ayer.

Con gotas de lluvia

estaba hecho tu nombre,
con gotas de lluvia
en lánguidas mañanas.

Con la sed de un condenando

que escapase de la mar
de su tormento, sus labios...

mas la sombra de otros ojos
me quemaban... negros soles,
cruels como los desiertos,
como los sueños inciertos
entre mis follajes rojos,
entre mis añosos árboles.

En tus garras mis entrañas
—vueltas raíces de grana—
anhelaban horizontes,
esos tenues horizontes
que entretejen las arañas
del invierno en la mañana.

II. VINO, TU NOMBRE ES LEGIÓN

Ojos grises: siempre recordaban

mis añejas quimeras de pájaro
entre lluvia de tardes lejanas,
y el pecado se volvía un fruto
que imitaba el batir del océano
en la orilla de la eternidad.

Ojos de lluvia, boca escarlata
guardando mis sueños voluptuosos
nacidos en las notas de un piano,
entre los pétalos abatidos
de una roja, solitaria rosa
impresa en jardines y tormentas.

Muerte engalanada con encajes,
ojos grises, negro de tu pelo
confundido entre oscuros plumajes...
y un agudo contraste de mármol
me trajo las llaves del silencio.

Me adormecían azules

espirales de tabaco
y los verdes resplandores
de una botella de absenta,
herida por el crepúsculo.

Una dama rubia y linda
recorría con tristeza
avenidas solitarias
do las moribundas hojas
se olvidaron de sus lágrimas.

Yo te buscaba en los rasgos
de ajenos y bellos rostros,
en figuras pasajeras
que borradas por la bruma
se simulaban fantasmas.

Un pintor, amargo y viejo,
plasmaba pájaros negros
sobre la tela plumiza
de una cúpula que hablaba
de infinitas tempestades...

...la silenciosa ciudad
de los sueños otoñales
resguardaba sus memorias.

Reina de los crepúsculos ardientes del desierto,

entre tus ojos negros, enmarcados por la noche,
adivinaba el arte de errabundos hechiceros
que se extraviaron en tormentas de cristal y arena.

Princesa persa, señora del vino voluptuoso
do los genios mezclaron el deseo y la tristeza,
los tóxicos silencios que cincelaron los dioses
en infinitos cielos que contrastan con las dunas.

Mujer de ensueño, envuelta con la seda y el perfume,
con delirios decadentes que luego adivinaron
—antes de abrazar la horrisona muerte de los nobles—
los lejanos, desdibujados amantes del Nilo.

En la armonía, tiempo risueño del mito,

nos bañamos en el seno de mansos arroyos:
ebrio de ti me gustaba mirar los jardines.

Niña esplendorosa, en tu serena sonrisa
aprendí a soñar mares y cielos eternos...

Bajo la suave caricia de tus blancas manos,
y entre la fragancia de tus cabellos dorados
me fue posible habitar, al fin, otras edades.

Dulces recuerdos, las vagas presencias

de aquellas noches plenas que olvidaste
cuando yacíamos entre las mantas,
mientras el viento soplabá
agitando con ayes lastimeros
las ramas de los árboles torcidos.

Ardía el fuego de la chimenea
cubriéndonos de rojizos destellos,
como si las ardientes salamandras
aprobasen esas lentas caricias,
y en cada sorbo del añejo vino
nos reíamos del frío impotente;

pero llegarían días sin ti,
incursiones nocturnas a las ruinas
de los mundos que habíamos creado,
y burlonas brillaban las estrellas,
y me perdía en calles silenciosas,
entre lejanas calles de fantasmas.

Tiene el perfume los sueños del vino

y traslúcidos, ansiosos diablillos
que nacieron entre flores prohibidas
con ardientes deseos por tu piel.

En la bruma de crepúsculos lluviosos,

entre los ojos azules de un adiós...
en lontananzas de mundos paralelos
extravié los sueños de mi corazón.

Desde el día en que Orfeo

descendió a los infiernos
en la imposible búsqueda
de su amada Eurídice
los poetas recorren
infinitos desiertos
de arenas escarlata.

Paloma blanca, viajera

de los mundos siderales,
siempre estuviste conmigo
para guiarme a través
del jardín de las Hespérides,
y en ese jardín prohibido
vi las flores de los dioses,
esas flores que cambiaban
al son de arpas y canciones
entre los mares y luces
de las noches infinitas.

Y en un valle de crisálidas
de fantásticos colores
que al instante se vestían
con bellos trazos de seda
volaban aves flamígeras
y frágiles mujercillas
que acababan de nacer
en los ríos de las lunas
traslúcidas y violáceas,
y plateados unicornios
desbandaban entre inmensas
praderas de azules hierbas.

Hada, niña de mis ojos,
en mis labios infantiles
vertiste el vino de Odín,
el vino que abre las puertas
a los reinos de la magia
que duerme en la poesía.

Envueltas de silencio,

las aguas de la noche...

...seguiría la senda

que dibuja la luna.

Yo quisiera encontrar

las ciudades brumosas

donde viven las hadas.

En las noches ardientes

mis amados fantasmas
gustan oscuros vinos
con fragancias de luna:
hedonista irredento,
en escondidos ángulos
y en jardines fantásticos
siempre atino a encontrarlos.

Hoy creo posible extraviar mi grito

—mi viejo dolor de arpegios y esferas—
entre los ilimitados paisajes
de tu intensa mirada.

En los frágiles atardeceres

dormitaban lánguidos palacios
do las bellas, ociosas mujeres,
pulsaban la cítara con dedos
de nácar y perfume...

...pulsaban los sueños del desierto
para traducir en baile un suave,
cristalino abandono de amantes,
y alzaban copas que desbordaban
de vinos hechiceros.

Horas lentas, voluptuosas,

para soñar a la vera
de las aguas ondulantes
que reflejan mi añoranza.

Horas de silencios verdes
en que me atrapa la alquimia,
la vieja ciencia de un místico,
extraviado peregrino.

Horas crueles de tu ausencia,
este oficio de mendigo
que suplica atardeceres
y una pizca de ambrosía.

Vino, tu nombre es Legión,

tu nombre es Iridiscencia,
y el vaporoso abandono
sabe mostrar un camino
a los reinos del crepúsculo.

Hace tiempo, mucho tiempo,
contemplaba los equívocos,
los efímeros colores
que nacían de la espuma
y expiraban en las rocas,
do la tierra de los sueños.

Vino, tu nombre es Legión,
y el tenebroso arretrato
de las serpientes que cruzan,
en sus vuelos agitados,
los desiertos escarlata.

En la tarde los parques silenciosos
de ciudades enormes y vacías.

Si tan sólo comprendieras la blasfemia

de adorar los pájaros y amar las voces
que susurra la noche en mis viejos sueños,
en mi voluptuosa culpa impenitente.

Hay veces en que Amor se desvanece

como una chispa breve y silenciosa,
sin una lágrima, sin una queja,
y sonrientes tornamos a los sueños
que duermen, ondulantes, bajo el vino.

III. PRESAGIOS DE OTOÑO

¿Dónde mi juventud dorada

de valles, abejas y flores?

¿Dónde los mantos de oro y púrpura?

¿Dónde mis ganas de llorar?

Deslucidos otoños,
solitarias colinas:
a través de los pálidos
rumores de la lluvia
miraba tu silueta,
o tal vez una sombra,
una lánguida sombra
de los viejos ensueños
que antaño levantamos
con agonías de hojas.

En tus ojos castaños y ausentes,

dueños de la risa y el silencio,
adivino sueños lontananza
fulgurados del éxtasis angélico.

Sabes que hay miradas, dulce amiga,
que nos llevan a vagar sin rumbo
por las solitarias avenidas
de nocturnos parques fantasmales.

A veces me asaltan resonancias
de cantos que se beben las sombras
cuando sus calladas procesiones
por los jardines de la madrugada.

A veces toda en las sugerencias,
en los *ritornelos* escarlata
que plasmaron las hojas del otoño.

A veces, cuando el viento sacude
las negras sortijas de tu pelo...

Ardientes, rojas luces de la noche,

y un frenético batir de panderos
prometían los sueños delirantes,
poblados de presencias fantasmales,

y en el lánguido rasgar de la cítara,
y en la dulcísima voz de una flauta
hubiera querido escapar el alma
detrás de los demonios del desierto...

Falsetes dueños de inmensa tristeza
parecían fundirse entre las dunas
cubiertas con plateados resplandores
que emanaba, suavemente, la luna:

Amor se sabe transido de tiempo
y busca comprimir eternidades
entre negros cabellos perfumados.

Deseo yace en la mirada extrema
de las morenas hijas del desierto,
fulguradas con éxtasis angélico.

Sueño tus blancas manos

—suaves— entrelazadas con las mías,
y en los instantes vanos,
y en monótonos días,
me atormentan las viejas melodías.

Una vela proyectaba

—sobre los ancianos muros—
negros zarcillos de sombra.

¿Para qué representarse las horas,
los días plenos y azules de antaño?

Con ojos ebrios y tristes te busco
entre las sombras vagas de la lluvia
y en nocturnos destellos plañideros.

Tan sólo gotas de tinta... tu nombre.

¡Ah!, lontananza de los días rojos,
perfume de crepúsculos azules
que en pos de locos sueños imaginan,
hacia el horizonte, blancas ciudades
de encantadas, silentes avenidas.

Dama rubia, inefable esencia:

bendice mi silencio,
mi vieja vocación de druida.

Señora de las fuentes,
princesa de los ríos,
cuando atraviere los tortuosos
senderos de la soledad
no me dejes desfallecer
en los negros, horrísonos
abismos de tu olvido.

Ruinas oscuras, aisladas, silenciosas:

entre sombrías ventanas ojivales,
al amparo de la hiedra y las espinas,
el triste, dulce retrato de una niña.

Pálidas lunas arrullando fantasmas,
los viejos fantasmas de abriles lejanos.

En el silencioso jardín de mis sueños
me cobijan ilusiones otoñales...

...tal vez porque fui marcado con tu sombra,
tal vez porque fui marcado con la noche.

De pronto vienes con alas de tristeza,
de pronto, inapelable... mi tristeza.

Y sólo tengo mis libros

—un puñado de juguetes—
la controvertida gracia
de medir exhalaciones
dolorosas cual la carne
del mendigo, del apátrida;
el don, corona de espinas...
puntas teñidas en opio.

Mi verdadera pasión

en un arpegio reside,
en las lagunas de un verso,
en grietas de la canción.

Al igual que hace un alfarero

lamentando su ineptitud,
el anciano dios atormenta
vanos, defectuosos cacharros...

...el viejo dios que no se sirve
del triste amor, sino del miedo.

¡Cuán grande percibía mi silueta

en los dorados rayos de la tarde!

¡Ay!, por eso me he caído del Cielo.

Mi consuelo es saber, en el Infierno,
que hay cierta nobleza en caer del Cielo.

Y dicen los viejos que la noche es nada
comparada con los ojos de Azrael.

Y ahora un avance especial de:

Fantasmas

De:

Elko Omar Vázquez Erosa

<http://goo.gl/aW07ae>

LA LUXURIOSIDAD ES LA PALABRA

Elko Omar Vázquez Erosa

FANTASMAS

I. FANTASMAS DE LLUVIA

Suelo pensarte las tardes de lluvia

si de voces fantasma la memoria
puebla de nuevo los despojos tristes
de la hacienda cubierta por la hiedra,
por esos años sin misericordia
que dejaron de brindarme tu risa,
tu cabello, dorado evanescente.

Enfebrecido te busco en la niebla,
en lo alto de los cerros desolados,
en el brillo de corrientes salvajes
que con sus alas inciertas recorren
los abruptos peñascos del dolor.

Toda tú te me vuelves imposible,
de la lluvia ese breve golpeteo
que acompaña el graznido desamparo
de aves ateridas, sin su vuelo.

Vastas llanuras del silencio

donde vagué en mi soledad,
pese a la factura del tiempo.

Mientras el resto de los hombres
trabajaba su huerto
descubrí la belleza triste
de una hoja lanzada al viento.

Vastas llanuras del silencio
donde buscaba resonancias
de las míticas tierras
que habían contemplado
pasadas perfecciones:
por eso cosechaba
viejas canciones de borrasca...
por eso trazaba con sangre
la agonía de amarte,
de llorarte sin esperanza,
de saberme pájaro Espino
cantando la luna y la llama,
clavando una espina en mi pecho,
¡ay!, tiñendo la rosa,
la rosa mística del sueño
que se calla la noche.

Tras la lluvia, las gotas
temblorosas, apenas aferradas
a las flores de hierro de la verja.

¡Qué belleza escuchar

el canto de los pájaros
una noche después
de la suave llovizna!

¡Qué belleza la noche
peleando los instantes
en los que vive el mito
del silencio y el agua!

Maizales azotados por la lluvia,
las torres de la iglesia en la distancia,
y en el ronco graznido de los cuervos
se apoderaba de alas mi nostalgia,
y en sombríos rincones de la casa
iluminados por el breve rayo
la imagen de aquellos ojos llameantes.

Historias de fantasmas,
desvanecidos cantos espectrales
mezclados con el cristalino rumor
del agua derramada en el tejado.

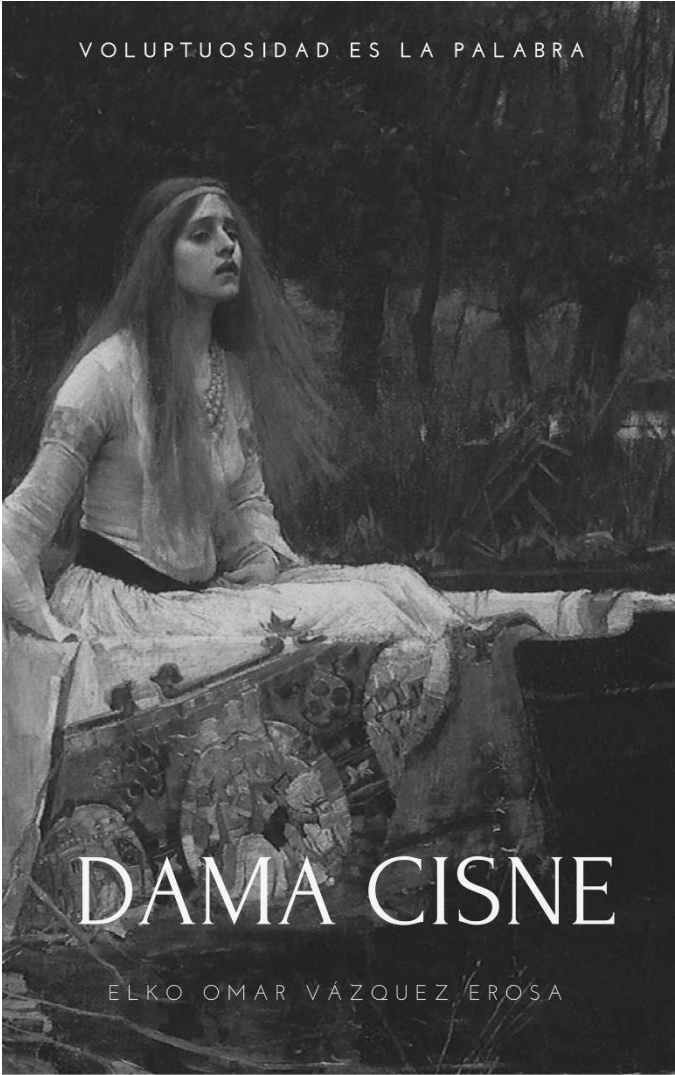
Recordaba el hechizo de sus manos
y una trenza dorada,
el tenue perfume de viejas cartas
para multiplicar mil pesadillas...
los sueños que ya nunca iba a dejar.

OTROS LIBROS DEL AUTOR

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA
**CANTOS
DE
VAMPIROS**



Poemas de rabia, nostalgia y desencuentro, plenos de parajes nocturnos y ruinosos que sirven de marco a los amores malditos.

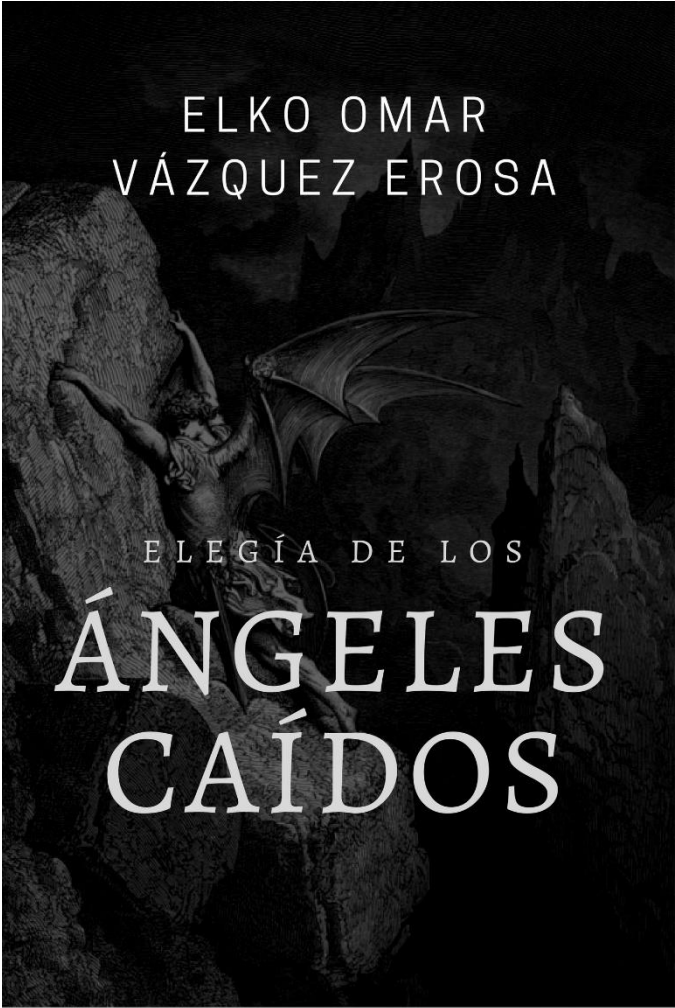


VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

DAMA CISNE

ELKO OMAR VÁZQUEZ EROSA

Poemas para una dama rubia.

A dark, monochromatic illustration of a fallen angel. The angel is depicted with large, bat-like wings, clinging to a jagged rock formation. The background is a dark, stormy sky with silhouettes of distant, jagged mountains or castle spires. The overall mood is somber and dramatic.

ELKO OMAR
VÁZQUEZ EROSA

ELEGÍA DE LOS
ÁNGELES
CAÍDOS

VOLUPTUOSIDAD ES LA PALABRA

Poemas del abismo, labrados a la sombra del naufragio
y el pecado.

Contenido

I. Auroras rutilantes, 3

Hoy como ayer, 4

Las verdes hojas de los árboles, 5

En los ojos dorados de Maya, 6

Si fueras risueña y breve tu ausencia, 7

Encendía un cigarrillo con tu danza, 8

No la plenitud mutilada del santo, 9

Éxtasis, lágrima de ángel, 10

Bella y pálida dama admirando la tarde, 11

Canta la mañana lluviosa, 12

En los ojos de una mujer, 13

Te buscaría a ti, 14

Saludaré a la aurora, 15

Me seducía el musgo, 16

Eras olvido y transparencia, 17

Transidos de tormenta, 18

Con gotas de lluvia, 19

Con la sed de un condenado, 20

II. Vino, tu nombre es Legión, 21

Ojos grises: siempre recordaban, 22

Me adormecían azules, 23

Reina de los crepúsculos ardientes del desierto, 24

En la armonía, tiempo risueño del mito, 25

Dulces recuerdos, las vagas presencias, 26

Tiene el perfume los sueños del vino, 27

En la bruma de crepúsculos lluviosos, 28

Desde el día en que Orfeo, 29

Paloma blanca, viajera, 30

Envueltas de silencio, 31

En las noches ardientes, 32

Hoy creo posible extraviar mi grito, 33
En los frágiles atardeceres, 34
Horas lentas, voluptuosas, 35
Vino, tu nombre es Legión, 36
En la tarde los parques silenciosos, 37
Si tan sólo comprendieras la blasfemia, 38
Hay veces en que Amor se desvanece, 39

III. Presagios de otoño, 40

¿Dónde mi juventud dorada?, 41
Deslucidos otoños, 42
En tus ojos castaños y ausentes, 43
Ardientes, rojas luces de la noche, 44
Sueño tus blancas manos, 45
Una vela proyectaba, 46
¿Para qué representarse las horas?, 47
¡Ah!, lontananza de los días rojos, 48
Dama rubia, inefable esencia, 49
Ruinas oscuras, aisladas, silenciosas, 50
Pálidas lunas arrullando fantasmas, 51
De pronto vienes con alas de tristeza, 52
Y sólo tengo mis libros, 53
Mi verdadera pasión, 54
Al igual que hace un alfarero, 55
¡Cuán grande percibía mi silueta, 56
Y dicen los viejos que la noche es nada, 57

Un adelanto de Fantasmas, 58

Otros libros del autor, 66